

# ***Italia: la decadencia de la élite política y del Estado unitario***

Kandziora, Ewald

---

Ewald Kandziora: Politólogo alemán residente en Italia.

---

*Desde el año 1989 Italia atraviesa un profundo proceso de transformación que abarca todos los subsistemas de la sociedad: la política, la economía, la ciencia y la cultura. Un rasgo sobresaliente de este proceso es la acelerada desintegración de la Primera República Italiana en condiciones económicas signadas por la crisis. La política y la economía se entrelazan en la forma más estrecha posible desde un punto de vista negativo: mientras más se prolonga el vacío político que surgió del hundimiento del viejo sistema de poder, menores son las probabilidades de encontrar una solución rápida y contundente para los problemas económicos más apremiantes.*

Mientras más lentamente se retiren los escombros de los 40 años de mala gestión administrativa de la Democracia Cristiana (DC)/Partido Socialista Italiano (PSI), menores son las posibilidades de éxito de las nuevas fuerzas políticas.

La crisis política se profundiza a ojos vista: las componendas institucionales para contrarrestar la influencia de los comunistas ciertamente lograron su propósito, pero también demostraron ser sumamente costosas. Con la desaparición del enemigo interno, y la presión de los socios de la Unión Europea (UE) para que se efectúe un saneamiento de las finanzas, esos arreglos necesitan ahora una *raison d'être*.

Las elecciones parlamentarias de comienzos de abril de 1992 fueron testigo de la caída de la vieja nomenclatura partidista. La coalición gubernamental integrada por los partidos DC, PSI, PSDI y PLI <sup>1</sup> perdió la mayoría absoluta. Desde entonces esa tendencia se ha consolidado. En las elecciones municipales celebradas en diciembre de 1992 las ligas ascendieron a primera fuerza política en el Norte y a una

---

<sup>1</sup>Democracia Cristiana, Partido Socialista Italiano, Partido Socialista Democrático Italiano y Partido Liberal Italiano.

sólida posición de tercera fuerza política a nivel nacional, mientras que la DC y el PSI alcanzaron descensos históricos. Desde entonces el Norte rompió el consenso de la Primera República Italiana.

### ***La crisis del sistema político***

La causa principal de la desintegración paulatina de la República Italiana reside en que, con el fin del conflicto Este-Oeste, también se volvió quebradizo el sistema sociopolítico construido en nombre del antifascismo y consolidado bajo la bandera del anticomunismo. Por supuesto que «la disolución del cemento ideológico» no explica la celeridad y el ímpetu del desmoronamiento del sistema político - haciendo abstracción del cambio interno del (ex) PCI <sup>2</sup>, que después del descrédito mundial del marxismo-leninismo gestiona ahora una democratización socialista francamente agitada -. Bajo los atropellados procesos de deslegitimación y las peticiones de derogación del viejo sistema se oculta algo más: la comprensión de que las componendas institucionales para contrarrestar la influencia de los comunistas no sólo son un estorbo para la renovación política sino también para una renovación económica igualmente urgente, cuyas referencias orientadoras son la defensa de la solvencia internacional de la lira y las resoluciones de Maastricht. Como al mismo tiempo la recuperación de la credibilidad y de la productividad de la economía italiana dependen esencialmente del saneamiento de las finanzas públicas, pero el enorme endeudamiento del Estado es una expresión de los 40 años de mala gestión administrativa del DC/PSI, es obvio por qué no puede realizarse una renovación económica desligada de la renovación política. A la vez, observando los «pecados» de la vieja administración se puede adivinar hacia dónde tiende el rumbo actual.

### **Primer pecado: la industria estatal y el servicio público.**

La ineficiencia crónica de las industrias del Estado no se relaciona únicamente con el hecho de que fueron usadas abusivamente por los partidos. Lo que determina particularmente esa ineficiencia es que ramas enteras de la economía, tales como transporte y comunicaciones, energía, metalurgia, las industrias químicas básicas y grandes sectores de la industria procesadora y de la industria de construcción mecánica no existirían en absoluto, o sólo en una escala muy reducida, de no haber sido montadas por el Estado, o si éste no se hubiera hecho cargo de empresas que resultaron vencidas por la competencia. Con el establecimiento de la industria estatal, el Estado se ocupó, por una parte, de que en el país existieran determinadas condiciones generales de producción y de que éstas estuvieran a la disposición de la empresa privada, y por otra parte de mantener a raya el potencial de conflicto

---

<sup>2</sup>Partido Comunista Italiano.

social y con ello la propensión a la «influencia comunista», mediante una política pública de inversiones y empleo. También el servicio público cumplió una tarea similar: absorbió una buena parte del gran número de mujeres que se incorporaba a la vida productiva, y cuyos salarios se volvieron cada vez más importantes para los presupuestos familiares de los grupos de menores ingresos, así como del excedente de mano de obra del Sur, que resultó menos beneficiado con la industrialización del país.

La euforia de privatización que en estos momentos recorre Italia y que pretende liquidar la industria estatal, tiene su origen en dos procesos: por un lado el debilitamiento de las fuerzas de izquierda, a raíz de los cambios políticos ocurridos en el mundo en 1989, que al menos temporalmente hizo parecer menos apremiante la atención del Estado a los asuntos sociales; por otro lado, la obligación impuesta por la UE de contraer y sanear la industria estatal para restablecer la «dureza» de la lira. Aquí se pone en evidencia simultáneamente todo el dilema de la privatización: puesto que una gran parte de la producción estatal ni siquiera habría tenido lugar siguiendo criterios privados de rentabilidad, no hay que esperar que la privatización de la industria estatal (todavía por sanear) transcurra sin consecuencias traumáticas para el movimiento comercial, la producción y el empleo.

### **Segundo pecado: la mafia y las relaciones Norte-Sur.**

En el Sur el crimen organizado representó durante más de 40 años «la otra cara del Estado», por así decirlo. Por un lado los interlocutores romanos de la mafia tenían la seguridad de que sus diputados serían elegidos en el Sur, por otro lado, la mafia, como enemiga comprobada de los comunistas y adversaria de todo movimiento social progresista, le facilitaba el juego a la DC, y en los 80 cada vez más también al PSI. Si recientemente los gobernantes rompieron esa complicidad disimulada, y una prueba es el encarcelamiento de numerosos mafiosos importantes, no fue tanto quizá porque Italia con su mafia no podía entrar al mercado interno europeo. Lo que ocurrió más bien fue que la presión de las ligas del Norte ha forzado a los gobernantes a tomar nota de que no es bueno para el presupuesto estatal que el crimen organizado con sus negocios sucios desvíe del fisco un décimo del producto social bruto anual, y que a causa de sus controles monopólicos de los fondos y contratos estatales en el Sur, y también cada vez más en el Norte, hace mucho tiempo que no se pueda pensar en una relación saludable precio-rendimiento en la tramitación de contratos públicos. Por otra parte, en lo que concierne al carácter cada vez más improductivo de las transferencias monetarias de Norte a Sur, puede que éstas ciertamente hayan aumentado las simpatías por los partidos de gobierno en el Sur mediante la creación de muchos ingresos pequeños y no ganados a fuerza de

trabajo, y también puede que hayan compensado su menguante respaldo popular hasta los años 80. Pero al mismo tiempo ponen al descubierto el dilema económico fundamental del Sur: no es que allí la economía no prospera por causa del crimen organizado, sino que no puede rebasar el marco de la economía de patronazgo, a causa de las muy limitadas posibilidades de inversión. Así pues, cuando a finales de los 80 se conjuró «el peligro del comunismo», y debido a la influencia de las ligas (cada vez más poderosas) los partidos gobernantes ya no pudieron ganar en el Sur tantos votos como perdían en el Norte, se vio claro que era hora de abandonar el Sur a su suerte y terminar con la política presupuestaria de redistribución del Norte al Sur.

### **Tercer pecado: tangentopoli o la cooperación singular entre el Estado partidarista y la economía.**

Los mayores casos de soborno en la historia de la posguerra italiana no representan un fenómeno particular y aislado, sino un componente funcional del viejo sistema de poder. En la acusación del juez instructor milanés contra el antiguo jefe socialista Bettino Craxi, se expresa que: «El fenómeno se ha generalizado a todos los niveles (...) y no solamente ha penetrado el aparato político, sino también las funciones administrativo-burocráticas...». Esta explicación viene acompañada consecuentemente de una depuración de toda la antigua clase política que no perdona nada ni a nadie. La «tangentopoli» era por un lado la manera italiana de financiamiento de partidos y, por otro una forma de fomento de la economía: los políticos aseguraban su carrera política, su clientela, el éxito de sus partidos, financiándose a través de la economía, y la economía, que cubrió todos los gastos, obviamente dependió de eso, es decir, sin esos manejos políticos muchos negocios sencillamente no se habrían realizado nunca. En ese sentido el mundo comercial privado sólo ha recurrido realmente a los mismos servicios que el Estado le presta pública y legalmente a todas las empresas estatales. Básicamente la manera italiana de financiamiento de partidos estaba dirigida contra un rival, el partido comunista. Bajo esas condiciones, lógicamente, un financiamiento de partidos proporcional a los votos habría sido absolutamente errado y perjudicial para la «democracia fuerte». Así que los partidos de gobierno prefirieron arreglar su financiamiento un tanto irregularmente en una relación discreta, no pública, con la economía. No es nada sorprendente, entonces, que después que el «enemigo comunista» se redujo a la agrupación política Rifondazione Comunista esa forma de financiamiento de los partidos haya perdido fundamento. Esto podría alegrar a aquéllos que al hablar del saneamiento de la cuentas públicas pretenden seriamente que, como la «prima» política de las empresas, en forma de precios más altos que ya estaban calculados en los presupuestos de gastos, se devolvería para el Estado, el fin de esa práctica

tan difundida tiene un efecto francamente positivo sobre las cuentas de «gastos» del presupuesto estatal.

#### **Cuarto pecado: la defraudación de impuestos y la buena conducta política.**

En el pasado los partidos gobernantes permitieron un trato indulgente con todo tipo de defraudadores fiscales, sobre todo para facilitar entradas a muchos beneficiarios, y evitar así que se inclinaran por «tendencias políticas subversivas». Esto se aplica particularmente a la clase media baja de pequeños fabricantes, artesanos y comerciantes, así como a los campesinos que viven en el límite de pobreza y que muchas veces sólo logran mantenerse a flote porque no hay diferencia alguna entre entradas brutas y netas. Con la supresión de «la amenaza comunista» también cambió esa situación. Ahora existe la idea de que es posible satisfacer sin grandes dificultades la lista de exigencias del Tratado de Maastricht, siempre que todos paguen correctamente sus impuestos en los próximos años. Poco perturba el que las medidas correspondientes castiguen particularmente a los que durante 40 años de dominio de la DC pudieron sobrevivir únicamente gracias a la defraudación de impuestos consentida por el Estado.

#### ***El caso de la «partitocrazia»***

El estremecedor cataclismo político e institucional sacudió sobre todo a los dos partidos ubicados en el centro del viejo sistema de poder, la DC y el PSI. Precisamente para esas agrupaciones es sumamente difícil una renovación fundamental. En lugar de organizar conjuntamente un nuevo consenso social, los diferentes intereses dentro de estos partidos están empeñados en salvar todo lo que se pueda de sus antiguas prebendas. Es así que en la DC la fracción de la Iglesia teme que los católicos la abandonen; la fracción industrial teme que las empresas grandes y medianas le den finalmente la espalda; la fracción obrera siente que el sindicato cristiano está a la deriva desde que falta el «cemento» comunista; la «fracción estatal» teme que con la privatización inminente de las empresas y holdings del Estado se le vayan de las manos millones de puestos de trabajo y cargos bien remunerados en las esferas gerenciales; la fracción de los «sureños», que rebasa los límites del partido, teme que una limitación y controles más estrictos de los flujos financieros improductivos de Norte a Sur hagan que su sistema de poder clientelista pierda terreno.

Para los demócrata cristianos el proceso de cambio interno se complicó adicionalmente gracias al ex-presidente Cossiga (DC), quien procura llenar el vacío político que surgió en los últimos años con el ideal de un Estado fuerte, con capacidad de acción - personificado en la autoridad del Presidente -. Su idea de solucionar la cri-

sis conforme al patrón autoritario ciertamente puede haber apadrinado el posterior gobierno de Amato, pero en su momento únicamente le trajo a Cossiga un proceso de impugnación del PDS, así como desconfianza y antagonismo también dentro de las esferas gubernamentales. Por tal razón su renuncia en abril de 1922 fue recibida con alivio y complacencia - excepto por los neofascistas -. La fracción de los «sureños» tuvo que batirse en retirada con Andreotti, Forlani, Gava y De Mita. Esa fracción fue «la expresión más pura del sistema de poder clientelista establecido desde Roma hasta el Sur -» (Uessler 1992) y respondía por 40 años de dominación dentro de la DC y del sistema político de Italia. De Andreotti, quien todavía en abril de 1992 podía hacerse ilusiones con la presidencia del país, tan sólo se escuchaba en relación con escándalos que intentaban probar definitivamente sus conexiones con la mafia, hasta que en marzo de 1993 un proceso oficial de investigación en su contra se convirtió en el apogeo de la crisis de legitimación de la clase política italiana. Las ilusiones políticas de Forlani, hasta octubre secretario de la DC, se hicieron pedazos con su humillante derrota en las elecciones presidenciales. De Mita se cambió a la silla de presidente de la comisión parlamentaria para reformas institucionales que fue convocada en julio del año pasado. La retirada de la vieja nomenclatura de la DC respondió al sencillo razonamiento de que la pérdida de votos en el Norte no se podía compensar con votos en el Sur, cuando allí la DC amenazaba con atrofiarse a causa de los largos años de desatención de su clientela original, de su posición delicada en el escándalo «tangentopoli» y del fortalecimiento de las ligas. La elección del bresciano Mino Martinazzoli como nuevo secretario general es una primera señal de este cambio de orientación política, pero, entretanto, la afluencia de votantes de la DC cayó tan abismalmente, que de la vieja DC quizás quede solamente un núcleo con capacidad para innovar, que podrá captar un 15-20% de los votos, mientras otros sectores del electorado se pasan a las ligas o a las nuevas agrupaciones políticas.

Para los socialistas la situación es aún más difícil, por diversas razones. Al ascender a la categoría de socio permanente y más importante del gobierno demócrata cristiano, el PSI se fue convirtiendo en administrador del mismo sistema de poder - en torno a la DC - que inicialmente deseaba cambiar (el concepto de la «alianza conflictiva»). Bajo el liderazgo de Bettino Craxi, quien dirigió el partido hasta 1976, los cargos, el poder y el dinero tuvieron un papel decisivo: no por casualidad el PSI ascendió a actor principal en los casos de soborno, que llegaron a afectar a la mitad de su plana mayor. Pero igualmente trascendentales para la caída del PSI fueron los errores políticos de Bettino Craxi. Mediante la declaración incondicional de alianza en favor de la DC, en un momento en que ésta estaba atravesando la crisis más severa de su historia, el PSI se apartó de los múltiples votantes - sobre todo de

los católicos - que rechazaban la preponderancia de la DC sobre la vida política de Italia y la presunta «unión de los católicos» en un partido corrupto. Cuando el PCI pasó por su proceso de cambio radical, Craxi se aferró a un curso consecuentemente alejado de los comunistas y desalentó todos los intentos realistas de aproximación entre las fuerzas políticas de izquierda: pero el PSI no logró captar el potencial de votantes que el PCI había dejado errante ni el que quedaba de la izquierda. De esta manera la decadencia del PSI fue sinónimo del final de la era Craxi. Está por verse si los socialistas que están soportando los golpes de la «tangentopoli» podrán volver a recuperarse. Lo que es seguro es que al sucesor de Craxi le aguarda la tarea de reconstruir desde los cimientos un partido que hoy yace en ruinas.

Tampoco el PDS salió ileso de los cataclismos políticos de los últimos tiempos. Desde su refundación en enero de 1991 el partido de Occhetto ha tenido que soportar las cuantiosas pérdidas de votos que llegaron hasta un 16,1% en las elecciones parlamentarias de 1992 y acabaron con su carácter de partido de masas. Esos reveses tuvieron tres causas esenciales. En primer lugar, para muchos votantes el PDS también era parte del antiguo sistema, y al igual que los partidos de gobierno fue víctima del voto antisistema. Esa tendencia tomó vuelo debido a que también algunos miembros y líderes del PDS están implicados en la «tangentopoli», si bien en mucha menor escala que los demócrata cristianos y los socialistas. En segundo lugar, aunque ha cambiado en parte radicalmente sus principios y posiciones, el PDS todavía no ha podido conferirse un nuevo perfil ni definir su papel y función en un futuro orden político. De tal manera, por un lado no se desea rehuir la «responsabilidad nacional» - en una situación en que «está en juego la nación en crisis y la unión leal» - y cargar con la responsabilidad del gobierno; y por otro lado sí se quiere evadir la acusación que se esgrimió durante años para agitar contra los otros, la del «malgobierno». Por lo demás, el flirt entre Occhetto y Bossi, que alcanzó su apogeo inicial con la aprobación formal del PDS a un gobierno de liga en Varese, indica que en el PDS todavía no se han superado las antiguas prácticas del comensalismo. Para no tener que cederle totalmente al exitoso rival político la representación de intereses que hasta entonces se tenía asegurada, se procura llegar a una convivencia de común acuerdo. Esa práctica va a resultar como jugar con fuego cuando se comience a ver que el rival que se cortejó - como en el caso de las ligas - es un enemigo político. El tercer problema básico del PDS consiste en que el partido no tiene respuestas convincentes para muchas cuestiones pendientes, en particular en materia de política económica. Por ejemplo, el partido de Occhetto no tiene ni idea de cómo se podría prevenir la reducción de los salarios reales mediante el capital redituable. La proposición de Occhetto de gravar por igual todos los ingresos, incluso las rentas de capital, apenas se diferencia en sus efectos de la pro-

posición camicase de las ligas de no comprar más títulos de la deuda pública a corto plazo.

¿Y qué hay con los nuevos partidos y agrupaciones políticas? ¿Qué tienen que ofrecer, aparte del tema de lo «nuevo» y «limpio», con el que (únicamente ellos) están ganando votos? Las ligas no ofrecen nada que sea muy original. Ellas son simplemente la expresión política de un proceso que no sólo se ha extendido por Italia: la separación de las «islas de bienestar» del entorno empobrecido. En opinión de las ligas, la cosa es así: si el éxito de la nación sólo se puede asegurar en conexión con Europa, y hasta ahora la gestión de gobierno lo ha puesto en peligro, entonces el Norte ejemplar, y según ellos «maduro para Europa», debe mantener y ejercer su derecho contra la inepta central en Roma. En este caso resulta secundario si los prejuicios de las ligas contra el Sur, y contra el gobierno central dominado por el Sur, tiene un trasfondo racista o si sólo se fundan en la mala opinión que tiene el Norte «laborioso y honesto», del «flojo y corrupto» Sur. Lo que es decisivo es que existe una relación lógica entre el chauvinismo (devoción a la prosperidad) de las ligas y su cuestionamiento del Estado italiano en su concepción actual. Si a pesar de todo las ligas no promueven un separatismo sin tapujos, quizás sea sólo porque el partido de Bossi también necesita votos del Sur para llegar a ser mayoritario en Roma. Por eso se abogó por un concepto de federalismo que persigue una disolución del Estado central en tres repúblicas que cooperarían entre sí. Para Gianfranco Miglio, principal teórico de la Liga del Norte, cinco años podrían ser muy poco o quizás demasiado: «Para la transformación de Italia en una federación de tres macrorregiones predominantemente independientes no va a alcanzar el tiempo. Viable sería una solución intermedia: un Estado unitario con estructura federativa. Pero si no seguimos un rumbo consecuente hacia esa meta, dentro de cinco años no existirá ningún Estado italiano» (Der Spiegel 52/1992).

Del resto de las agrupaciones políticas «nuevas» hay que destacar las siguientes: el movimiento en pro del referéndum de Mario Segnis; la «Alianza Democrática», fundada por los principales analistas, intelectuales y otros portavoces italianos; y también el movimiento reformista «Sinistra di governo» iniciado por el ala derecha del PDS y el ala izquierda del PSI. Estos movimientos intervinieron conjuntamente en favor de la reforma de la constitución y del derecho electoral, con la introducción de un (modificado) derecho electoral mayoritario que hace poco tuvo un éxito contundente en el referéndum. Esa reforma debe poner al ciudadano italiano en condiciones de influir más en la elección de la dirigencia política, y debe también promover la formación de coaliciones en torno a los candidatos, antes de las elecciones. Hasta ahora el mayor déficit del movimiento reformista es que sus proyec-

tos de programa son imprecisos en muchos puntos y no trascienden suficientemente las cuestiones constitucionales y del sufragio. Un ejemplo típico es el movimiento de referéndum: por una parte, la aceptación de su referéndum para la reforma electoral a través de los votantes es un gran éxito que, volens nolens, hubiesen tenido que suscribir los partidos «mayoritarios», DC, PDS y la Liga del Norte. Por otra parte, el movimiento del disidente demócrata cristiano Segni, quien finalmente abandonó la DC, no tiene preparadas alternativas de acción convincentes en el área económica y social - aparte de palabras elogiosas para el rumbo de austeridad de Amato. Eso explica también su decepcionante actuación en las elecciones municipales de diciembre de 1992. A este respecto la «Alianza Democrática» y la alianza de reformistas «Sinistra di governo» le llevan ventaja al movimiento del referéndum: para ellas no se puede pensar en un consenso institucional renovado sin un pacto social que le otorgue a la justa distribución de las cargas la prioridad más alta en el saneamiento económico. Por otro lado, los dos debutantes políticos cargan con la contradicción de que muchos de sus miembros, que ahora llaman a la renovación y solicitan la confianza del pueblo, fueron antiguos y firmes pilares del viejo y comprometido sistema de poder.

### ***El giro a la derecha***

Las elecciones parlamentarias de marzo de 1994 terminaron con un cataclismo político. Ni siquiera los observadores pesimistas habían previsto que la derechista «Alianza por la Libertad», integrada por Forza Italia, la Lega Nord y la neofascista Alleanza Nazionale, ganaría tan inequívocamente. De los 630 asientos en la Cámara de Diputados, a la derecha le correspondieron 366, es decir, mayoría absoluta. La Alleanza Progressista, en torno a los partidos de izquierda democrática, obtuvo 213 asientos, la alianza del centro Pacto para Italia obtuvo 46. En el Senado, la alianza derechista perdió por muy poco la mayoría absoluta, consiguiendo 155 de los 315 asientos. La Alleanza Progressista de todos modos alcanzó 122 asientos y la alianza del centro, en torno a Segni y Martinazzoli, 31 asientos.

Se pueden citar muchas causas para el triunfo electoral de Berlusconi, Bossi y Fini: 1) la combinación, única en su especie en Europa, de poder político, económico y comunicacional reunido en la persona de Silvio Berlusconi, una combinación que apadrinó el meteórico ascenso de Forza Italia. Sin lugar a dudas, el magnate y multiempresario de Milán supo cómo presentarse admirablemente - y pese a sus innumerables conexiones con los elementos más comprometidos del antiguo régimen (la logia secreta subversiva P-2, sectores del servicio secreto y sobre todo los socialistas de Craxi) - como «lo nuevo», y a la alianza de izquierda como lo viejo, lo in-

disolublemente unido a la partidocracia de la primera república; 2) la prolongada y profunda crisis económica y social que atraviesa el país, y que andando el tiempo ha hecho que amplias partes de la población (¡la mayoría de los trabajadores de la FIAT-Mirafiori votaron por Forza Italia!) sean receptivas a promesas poco realistas y a soluciones simplistas, pero expuestas en forma convincente; 3) el proverbial terror de la mayoría de los italianos a votar por la izquierda.

Muchos observadores creen poder distinguir como única causa de la victoria de la coalición derechista una «ola tardía de thatcherismo», que ahora estaría asolando a Italia. Una explicación que tampoco resulta satisfactoria, toda vez que ya en los años 80, bajo la influencia dominante de los socialistas de Craxi, se habían notado tendencias similares. Más digno de crédito resulta un cuarto motivo: el hecho de que el derecho electoral, modificado con respecto de las elecciones municipales de 1993 (un escrutinio único para la determinación de los candidatos directos), favoreció esta vez la alianza de derecha consolidada en torno a Forza Italia y la Alleanza Nazionale.

Todas esas razones responden sólo en parte una pregunta: ¿por qué esa amarga derrota electoral de la izquierda cuando se esperaba por lo menos un final cabeza a cabeza con la derecha? Quien desee descubrir las verdaderas razones debe comenzar por sus propios errores de peso durante la campaña electoral. Se destacan cuando menos tres:

- La alianza progresista en ningún momento hizo un juego de equipo. El PDS impuso, no sólo cultural sino también burocráticamente, su posición hegemónica frente a los miembros menores del pacto, en detrimento de la coherencia de la alianza. Rifondazione trató de imitar al PDS. Los Verdes se hicieron representar por alguien que hasta hace dos años era un seguidor de Craxi.

- A diferencia de las elecciones municipales, la izquierda se escudó en posiciones centristas. La paradójica apología del gobierno de Ciampi les ofreció a Berlusconi, Fini y Bossi la posibilidad de presentarse como una verdadera alternativa y de esa manera voltear disimuladamente su conexión más o menos evidente con el antiguo régimen. Las tentativas de Rifondazione Comunista o de los Verdes de conjurar oportunamente esa tendencia funesta encontraron oídos sordos en el PDS.

- El PDS, sobre todo, dejó pasar la oportunidad de destacar suficientemente la función positiva del sector público, como una condición para la creación de condiciones estructurales de producción más eficientes en el sector privado. De esa forma la

derecha pudo imputarle injustamente a la alianza izquierdista un estatismo anacrónico y presentar con mucho estilo su propio dogma sobre el individuo, la propiedad privada y la iniciativa privada, como panacea para la solución de los problemas económicos.

A esa crítica no le hizo ningún daño el que la serie de escándalos de corrupción y tangentopoli haya estremecido una sociedad corrupta hasta en lo interno de sus más pequeños nichos, y haya llevado al país a las puertas de una reforma profunda; una oportunidad de buscarse al mismo tiempo un rol experimental para una nueva política en Europa.

Las elecciones parlamentarias fueron una batalla entre dos Italias distintas: una Italia despierta, creativa, llena de inspiración liberal, y otra Italia egocéntrica y materialista. Los votantes eligieron a ésta última por mayoría.

### ***Dolores de parto de la «Segunda República»***

En la actual fase de cambio profundo los principales actores políticos confrontan problemas y perspectivas muy diferentes. En primer lugar, la coalición gubernamental derechista, pero también todas las fuerzas democráticas del país, enfrentan el conflicto de intereses entre el cargo público del nuevo jefe de gobierno, Berlusconi, y sus intereses empresariales. En segundo lugar, está en tela de juicio la capacidad y firmeza del primer ministro para trazar una línea divisoria entre un gobierno de derecha con legitimidad democrática y un régimen de derecha. En tercer lugar, a la derecha se le presenta un problema de gobernabilidad, pues tanto la Liga del Norte como los neofascistas de Fini están vinculados con Forza Italia, pero no así entre ellos.

Con referencia a lo primero, Berlusconi no se hizo elegir para aclarar finalmente desde su perspectiva las preguntas perentorias sobre el oscuro origen de su fortuna o el tamaño de sus deudas. Su imperio múltiple - el segundo en tamaño en Europa, después del Consorcio Bertelmann - está tan expandido, que la venta del 50% de las acciones de su cadena de supermercados «Standa» sería suficiente para saldar de un solo golpe sus deudas, estimadas en 3.000 a 4.500 millones de dólares. La incompatibilidad entre los intereses privados y políticos de Berlusconi se centra más que nada en su monopolio televisivo, el cual sólo podría romperse con la ayuda de una ley «antitrust» que impidiera o disolviera toda concentración de poder económico. Como se comprenderá, Berlusconi no tiene ningún interés en una ley semejante, que prepararía el fin de la división fáctica del éter, sancionada por la ley

«Mammi», en una televisión pública Berlusconi y una televisión privada Berlusconi. No existe ningún motivo para suponer que Berlusconi, como jefe de gobierno, no pondrá todo de su parte para evitar la aprobación de una ley semejante. Como instrumento para superar ese conflicto de intereses, el «Rey de Arcore» propuso el nombramiento de una personalidad de estatura pública, de un garante, que vigilara su actividad como jefe de gobierno. Lo absurdo de esa propuesta refleja una vez más el estado de decadencia de la democracia italiana. Que la oposición entre en ese juego, en lugar de trabajar por la derogación de la «Ley Mammi», resulta no poco preocupante.

Con referencia al segundo punto, aunque Berlusconi no quiere que se defina la coalición que él dirige como de derecha, ubicándola más bien en el centro, no hay ninguna duda de que mediante esa alianza los neofascistas pudieron entrar por primera vez a palacio, es decir, a una coalición gubernamental. Como no se podían pasar por alto los fantásticos resultados electorales de la alianza nacional dirigida por él, Fini exigió en consecuencia tomar parte en la formación del gobierno. En el ínterin, sus compañeros de coalición accedieron a su demanda, con todo y el rechinar de dientes por parte de la Liga. Para la política italiana eso significa que con Alleanza Nazionale llegó al gobierno una fuerza política cuyo programa ciertamente contiene un reconocimiento inequívoco de los «métodos democráticos», pero que declara también que es necesario discutir qué significa «la esencia de la democracia», y pone sobre el tapete la idea de una representación gremial integrada al parlamento o asociada a él. La frontera en relación con los demás partidos se muestra además en su demanda de negociaciones para recuperar los territorios al Este de Trieste, que pasaron a ser parte de Yugoslavia después de la Segunda Guerra Mundial, así como de un rotundo «no» al Tratado de Maastricht. Como Fini debe tener en consideración a los poderosos «ultras» de su partido, hasta ahora ha rehusado retractarse de su declaración de que el dictador fascista Benito Mussolini fue el más grande estadista de este siglo. Fini quiere cambiar el significado del 25 de abril, día de la liberación del fascismo nazi, por el de «día de la reconciliación», puesto que con el anticomunismo habría acabado también el antifascismo. Hasta ahora Berlusconi no ha declarado públicamente lo que piensa hacer para impedir las tendencias neofascistas y revanchistas que muchas veces se expresan en tales manifestaciones de voluntad.

Con referencia a lo tercero, el mayor problema para un gobierno de derecha son las contradicciones entre los miembros de la coalición. En este caso se trata de un problema estructural que difícilmente pueda superarse con fórmulas políticas de compromiso. La Lega Nord apuesta al federalismo y al liberalismo económico. Allean-

za Nazionale al Estado nacional y a una política económica dirigida por el Estado, ya que a su modo de ver una superación de las dificultades por medio del libre comercio sería una «archiestupidez» (Pino Rauti). Forza Italia está entre sus dos compañeros de alianza, pues por un lado se vincula a los valores de la unidad nacional, y por otro, al igual que la Liga, considera que lo más adecuado para superar los problemas económicos y sociales sería un liberalismo económico radical al estilo Thatcher. Las diferencias programáticas entre la Lega Nord y Alleanza Nazionale parecen prácticamente insuperables. Los neofascistas fueron electos principalmente en el Sur y con ex-votos de la DC y del PSI. Si no quieren volver a contentarse con ser un partido insignificante, tienen que defender los intereses clientelistas y de asistencia social del electorado del antiguo centro. Bossi, por el contrario, fue electo básicamente por el deseo de sus electores de que el Sur no vuelva a intentar abrir la cartera del Norte. Hasta ahora lo único que ha mitigado esa oposición de intereses es que Bossi sólo tiene un margen de acción limitado dentro de la coalición gubernamental, a consecuencia de los moderados resultados electorales de la Liga y de la pérdida de votos en favor de Forza Italia. Fue así que la coalición de derecha en el gobierno logró pasar aceptablemente la primera prueba con la elección de Irene Pivetti, católica, 31 años, militante de la Liga, como presidente de la Cámara de Diputados, y del profesor de economía y partidario de Forza Italia Carlo Scognamiglio como presidente del Senado. Mientras tanto, Berlusconi procura tapar las brechas de los conflictos dentro de la coalición derechista con la fórmula de compromiso del «presidencialismo, liberalismo, federalismo». De esa forma las divergencias entre los miembros de la alianza únicamente se asientan, sin que se suministre una plataforma programática coherente y convincente para un futuro gobierno de derecha. Y por eso las contradicciones dentro de la coalición podrían volver a irrumpir tarde o temprano con la misma intensidad.

Inmediatamente después de las elecciones estallaron en la coalición derechista diferencias personales y programáticas prácticamente insalvables. El concepto de Estado nacional de Forza Italia y Alleanza Nazionale es diametralmente opuesto al concepto federalista de la Lega, la concepción económica liberal de la Lega Nord y de Forza Italia se opone al concepto estatista de los neofascistas arraigados en el Sur.

### ***Perspectivas***

El verdadero problema es la Liga. Su existencia política depende absolutamente de su concepto federalista. Si en el futuro cercano sus compañeros de coalición no transigen lo suficiente en ese sentido, en los asuntos prácticos del gobierno, la in-

serción de Bossi luce mal. Pero con eso también estaría en veremos la mayoría absoluta de la coalición derechista. Cómo pueden solucionarse las divergencias programáticas dentro del campo de la derecha, o si es realista la idea de nuevas elecciones adelantadas en otoño, es algo que está completamente en suspenso en este momento. Lo que ya es seguro es que el gobierno de derecha va a traer aparejados cambios radicales en todas las áreas de la sociedad. Ya están circulando listas para el despido de periodistas «incómodos» de la RAI, siguiendo el ejemplo húngaro; las autoridades municipales tendrán que luchar por su independencia constitucional. En el ámbito cultural se marginarán lo más posible las opiniones críticas, no conformistas. La «polémica entre historiadores» que estalló recientemente, y en la cual se trató sin distinciones actos criminales fascistas y acciones partisanas, brinda una idea al respecto. Las conquistas sociales de los trabajadores y de los sectores más débiles de la población sufrirán más reducciones en el marco de la privatización de los servicios sociales y de la flexibilización del mercado de trabajo según el ejemplo francés. Y en el área de la política económica una acentuada orientación política a la oferta, que sobre todo aligera la carga tributaria de los empresarios y los mejor pagados, abrirá nuevos surcos en la estructura social y reforzará las tendencias al estancamiento en el lado de la demanda.